

Reagan y el Cono Sur

Por OSIRIS TROIANI

BUENOS AIRES, (ALA).— La Junta Militar argentina y el gobierno del teniente general Jorge Rafael Videla están firmemente convencidos de que Ronald Reagan será el 40o. presidente de Estados Unidos y modificará radicalmente la política hemisférica de Jimmy Carter.

Las relaciones bilaterales no han sido muy amistosas desde 1976, cuando Carter asumió la presidencia y los militares argentinos —dos meses después— derrocaron a la viuda de Perón.

Los discursos oficiales y los comentarios de la prensa de Buenos Aires no dejaron de registrar, con notoria complacencia, cada uno de los contratiempos del gobierno demócrata en cualquier región del mundo, atribuyéndolos al liberalismo ingenuo de un novato, un pobre "plantador de mari".

La opinión corriente era que Estados Unidos debió mantener en el poder, contra viento y marea, al Sha de Irán, al general Somoza y a cualquier gobernante anticomunista. Con Carter, sucumbió vergonzosamente el liderazgo norteamericano. Se olvidaba que fueron Nixon y Ford, asistidos por Kissinger, quienes se resignaron a la pérdida de Indochina, permanecieron impasibles ante la intervención cubana en Angola y en Etiopía, firmaron los acuerdos Salt I y negociaron los Salt II, consintiendo la supuesta primacía militar soviética.

La polémica tuvo su origen en la política de derechos humanos que habían emprendido Carter y la mayoría demócrata del Congreso, así como su apoyo a los procesos de institucionalización en América Latina y al Tratado de No Proliferación Nuclear.

Terence Todman, subsecretario de Estado para asuntos interamericanos, renunció por haber comprendido —se dijo— que la campaña de derechos humanos no era aplicable sino a los "enemigos". Más de una vez se festejó anticipadamente la renuncia de la señora Patricia Derian, que pretendía, sobre ese punto, examinar el comportamiento de los "amigos".

La suspensión de la ayuda militar a la Argentina, como a Uruguay y Chile, era una manera de presionar a los gobiernos del Cono Sur para que abreviasen la transición hacia el sistema representativo. En algún momento se insinuó que convenía unirlos por medio de un pacto político, pero la defección de Brasil —donde el presidente João Figueiredo ha restablecido el pluralismo político— y de Bolivia —donde el presidente Hugo Banzer había convocado a elecciones en 1978— malogró ese proyecto.

Ante el requerimiento de Estados Unidos al gobierno canadiense para que condicionara severamente la provisión de materiales nucleares a la Argentina, el gobierno del teniente general Videla afirmó nuevos contratos con una empresa alemana y otra suiza, finalmente aprobados por las autoridades de Bonn y Berna.

Las necesidades, de la defensa nacional, acentuadas por el litigio fronterizo con Chile, motivaron la búsqueda de fuentes alternativas de pertrechos militares. La visita de una misión militar soviética de alto nivel, retribuida por una delegación de generales argentinos, pareció indicar que la búsqueda podría, en un caso extremo, orientarse en aquella dirección.

(CONTINUA EN LA PAGINA DIEZ)

Reagan y el cono

(CONTINUA DE LA PAGINA CINCO)

También hubo un intercambio de expertos nucleares que recorrieron las instalaciones soviéticas y la central de Atucha, próxima a Buenos Aires.

La negativa argentina —y la de Brasil— a sumarse al embargo cerealero, después de la invasión de Afganistán, lo hizo fracasar. El general Andrés Jackson Goodpaster, enviado de Washington, no recibió explicaciones satisfactorias. Quien

las dio, en uno de sus viajes, fue el ministro de Economía José Alfredo Martínez de Hoz. Argentina no puede —dijo— desistirse de vender sus granos a su mayor cliente: es así como soporta un déficit crónico en el intercambio con Estados Unidos, su primer proveedor.

La visita del presidente Videla a China, en mayo último sirvió para asegurar al Gobierno norteamericano que las relaciones con la URSS, netamente pragmáticas, no importan una aproximación política a

Moscú. Por su parte, el ministro de comercio Luther Hodges Jr., regresó con la creencia de que la industria norteamericana obtendría importantes contratos en las licitaciones internacionales por las grandes obras hidroeléctricas de Yacretá, Corpus y Paraná Medio.

Pero la Junta integrada por el teniente general Leopoldo Galtieri, el almirante Armando Lambruschini y el brigadier Omar Graffigna, que se apresta a elegir el sucesor de Videla para el periodo 1981-84, prefiere pensar que el nuevo gobierno de Estados Unidos será republicano. Aun antes de ser nominado en Detroit, Reagan ya había enviado sucesivamente tres emisarios a Buenos Aires, que expusieron en público tesis de política exterior idénticas a las del Gobierno argentino.

Los sucesos bolivianos abrieron una nueva crisis en las relaciones bilaterales. El golpe del general Luis García Meza fue recibido en Washington como

un abierto desafío a la estabilidad de los gobiernos constitucionales, en particular los del Pacto Andino. El delegado argentino en el Consejo Permanente de la OEA, Raúl Quijano, abogó por el principio de no intervención, pero fue derrotado por 16 votos, ante lo cual —sin haber recibido instrucciones precisas— optó por la abstención.

Cabe recordar que en el caso de Nicaragua, el año anterior, la Argentina había defendido la misma tesis, pero finalmente se plegó a la mayoría. Obviamente, tratándose de un país limítrofe no podía ceder.

Al desmentir las informaciones de fuente norteamericana sobre una presunta injerencia del gobierno de Buenos Aires en la interrupción del proceso democrático boliviano, el Palacio San Martín se distanció claramente de la mayoría de la OEA, sacrificando los esfuerzos anteriores en procura de un entendimiento con Estados Unidos y con el Pacto Andino. Y al otorgar el primer reconocimiento diplomático al general García Meza, adelantándose a una inminente visita del subsecretario de Estado, William Bowdler, hizo que este, para no hallarse frente a un hecho consumado, la suspendiera por tiempo indefinido.

Los círculos gubernativos están dispuestos a pagar cualquier precio por

evitar el advenimiento de un gobierno de izquierda en Bolivia, el lugar elegido hace una década por Ernesto Guevara para implantar una guerrilla marxista que debía, más adelante, extenderse a su país natal.

Se puede argüir que Hernán Siles Zuazo, virtual presidente electo, no tenía el propósito de aplicar un programa revolucionario, y que en todo caso siempre quedaba el recurso de derribarlo más tarde, cuando la grave coyuntura económica hubiera desintegrado la mayoría que lo sigue. La resistencia que oponen a la dictadura los partidos y sindicatos, la Iglesia y algunos sectores militares, crea, en cambio, condiciones propicias para el reclutamiento de una guerrilla con apoyo popular. Los generales argentinos, así como Reagan, son insensibles a esta clase de razonamientos. A su juicio, el marxismo ha perdido una importante batalla en el corazón de América, y ello contribuye a estabilizar el Cono Sur.

En cuanto a los dirigentes de los partidos políticos, se inclinan a pensar que el triunfo de Reagan en noviembre es muy dudoso, a pesar de las encuestas de julio, más dudoso aún que los republicanos obtengan el control del Congreso, y verdaderamente bruta la perspectiva de que Estados Unidos vuelvan a otorgar un tratamiento de favor a los gobiernos de fuerza.